

Conquistando el Paraíso

J. Dylan Smith

J DYLAN SMITH

CONQUISTANDO
EL
PARAÍSO



Capítulo 1

Cuando tu mundo se ve confinado bajo unas cuantas paredes, quedarse dentro de ellas resulta tan fácil como abolir la pena de muerte. Dicha imposibilidad solo se gana en estas épocas de pandemia, donde en absolutamente todos los medios de comunicación te piden quedarte en casa. La ironía del asunto es que no se refieren a la calle que yo considero como hogar, ¡ojalá! Hablan de las casas tristes, de los muros que cercan y dividen espacios, de los rincones que se usan para huir de las palizas de mamá... del único lugar que se convierte en tu propia cárcel tras el anuncio de una estricta, obligatoria, restrictiva y nada agradable cuarentena.

Cuarentena: Una casa, unas paredes, un hogar, un infierno.

Y no hay nada más aburrido que estar metido todo el día en un infierno, sin más paisajes visibles que el computador, la televisión, el teléfono y tu madre. ¡Es horrible! Trato de explicárselo a Manuel, pero el muy tonto mira la vida a través los cojines, es decir, para él hasta las moscas son entretenidas si las ves desde el sofá. Él sigue encendiendo mi buzón de mensajes, insistiendo en sus teorías sobre el lado positivo de la cuarentena. En lo personal no odio que me las diga, me molesta, más bien, es su insistencia para que yo las apruebe.

¿Qué clase de insistencia me habrá enviado esta vez? Respiro profundo cuando retiro la vista del horizonte que me ofrece el balcón, desbloqueo el teléfono tras sacarlo del bolsillo y me hundo en el chat de mi amigo flacuchento. Su mensaje, tan predecible como irritante, dice lo siguiente:

Manuel: Mira el lado positivo Gabriel, tenemos más tiempo para descansar y ver porno. Además, van a pasar maratones completos de series buenísimas. Hoy es el turno de los Simpson. ¿Qué mejor que la buena porno y los Simpson para pasar el día?

O sea, él es un amante de la vida sedentaria, además de la porno y los Simpson, ¿cuándo entenderá que lo mío era mover los pies sin descanso? Nunca me quedaba estático en ningún lado, tenía mi ruta: Del apartamento al colegio, del colegio a su casa a jugar Call of Duty, pero por dos horas, porque a las cuatro me tocaba visitar el grupo de canto al cual ingresé para engañar a mi madre diciéndole que era corista, cuando en realidad solo era el que recogía los instrumentos después de que acababan las prácticas.

Luego regresaba a mi apartamento a las seis de la noche, me daba un baño y acordaba con el nerd de la clase para que me hiciera las tareas. El

muy astuto me cobraba el doble, pero era un precio justo por la capacidad de sus neuronas. Luego de los asuntos escolares volvía a la calle a despejarme con mi monopatín en la plaza de las orquídeas. Alcanzaba grandes parábolas con la magia del Skateboarding solo para impresionar a las chicas que, abobadas por mí (o al menos eso aparentaban) terminaban dándome su número telefónico. Pero yo nunca las llamaba o les escribía porque vale, no tenía ni tiempo ni dinero para novias, ¡apenas si podía pagarle al nerd por hacer mis tareas!

Posterior al monopatín volvía al apartamento, otra vez, y cenaba para irme a dar otro paseo nocturno. Visitaba a la tía María o la tía de las galletas supermega horribles, como estoy acostumbrado a decirle, y ahí me divertía con mi prima Renata, a la que le encanta fanfarronear sobre sus novios musculosos. Me gustaba fastidiarla diciéndole:

—Si yo fuera mujer me buscara novios gordos y feos, pues los bonitos o son Gays o unos soberbios mujeriegos.

Y después de eso volvía por última vez a mi apartamento a dormirme con alguna buena serie de Netflix. Y así se repetía todo, día tras día, un ciclo dinámico, dónde el reparto principal le pertenecía a mis pies. Ahora, de aquellas travesías callejeras, solo me queda el olor culposo de las afueras que no terminé de disfrutar.

Lejano al pasado, le insisto otra vez a Manuel, aunque dudo que cambie sus argumentos. No sé, él es flaco... quizás todos los flacos son muy flojos. Escribo al chat, sin esperar aprobación a mi argumento:

Yo: Para ti es fácil Manuel, o sea, ¡eres un tremendo holgazán! Viéndolo bien, te pareces a ese burro de Winye Poo. Digas lo que digas con tus fastidiosos lados positivos, no podrás convencerme. ¡Quiero salir de este maldito apartamento! Posdata: creo que ya escucho que las paredes me susurran, están diciendo que me arroje por el balcón.

La verdad sí, a veces escucho que las paredes me hablan. Dicen que el primer paso para la locura es que las cosas te hablen. A mí me dicen que salga del encierro preventivo y vaya a visitar a la tía de las galletas supermega horribles, y que fastidie a mi prima la de los novios musculosos. Y tal vez lo hiciera, si no fuera por...

Manuel: Tu madre te mata si lo haces, si es que el coronavirus no te mata primero. En ese caso es capaz de convertirse en esa bruja de Game of Thrones y revivirte solo para volverte a matar a golpes. Mira el lado positivo, si te lanzas, tus ansias desaparecerán para siempre. Lol. Ah, y

por cierto, se escribe: Winnie Pooh.

Yo: Vale Manuel, quizás con lo de mi mamá si tengas razón. Pero no quiero desaparecer mis ansias, quiero saciarlas. No sabes cuánto deseo salir a la plaza de las orquídeas a volar con mi monopatín, mientras las ancianas que alimentan a las palomas imploran a Dios para que no me caiga y me parta la cabeza. Y con respecto a lo del bendito oso amarillo, lo llamo como quiera. No soy un maldito fan de las caricaturas.

Manuel: Perdón, señor de los pies inquietos. Te dejo, prefiero estrangularme el ganso que pelear contigo, iré a ver a Mia! ¿Ves que la cuarenta siempre tiene un lado positivo? Ja, tal vez el tuyo esté por aparecer un día de estos. Chao, y recuerda que te quiero, niño de las empanadas.

Yo: ¡Qué no me digas así! No quiero recordar al torbellino viviente de Gutiérrez y su grupito de sabandijas, y mucho menos ahora. También te quiero, pero como amigo.

Manuel: Ni modo, pensé que la culona de Sandra era la única que me mantenía en la Friend Zone.

Yo: ¡Ya quisieras pervertido!

Desconcentro mi mundo del teléfono y la luz del sol revuelve mi mundo. Creo que debe ser mediodía porque huele a pollo frito y arroz, la comida predilecta de mi mamá. Busco rastro de alguna persona en los balcones de mí alrededor, pero solo encuentro a la brisa y el sonido de sirenas, y una ciudad solitaria en plena pandemia. Al menos los pájaros parecen felices, revoloteando en las azoteas. Incluso algunos posan frente a mí, y tal vez lo hacen para fanfarronear sobre las posibilidades de libertad que tienen con sus alas y que escasean en mis pies.

¡Desgraciados!

Las espanto, rogando que no me caigan a picotazos. Se esfuman, como una nube negra, y para mi sorpresa y la del repentino silencio escucho cuchicheos en el balcón vecino. El ruido proviene de un par de gemelas que al parecer discuten; no sé, no logro entenderlas bien. Ambas son morenas y tienen el cabello como nubes enredadas. Son bonitas, sí, y muy altas. Más altas que yo. Además, tienen ese modo de alerta peculiar que solo bendice a las mujeres demasiado cuidadosas.

Me aproximo más para intentar saludarlas, o para tratar de que al menos me miren. Quizás me insulten por no llevar mascarilla, o, en el caso de no controlarme, por saltar a su lado y romper los máximos metros permitidos del acercamiento entre más de dos personas. No importa, me conformo

con que me maten a golpes con tal de entablar alguna conversación diferente a los temas del contagio. Logro captar la atención de las hermanas carraspeando desde los pulmones, pero una de ellas, en lugar de saludarme, me ladra con un desprecio fulminante al corazón:

—¡Qué miras chismoso! —grita una de las hermanas. La otra la retiene por los hombros, sonriendo, como evitando que se le suelte y venga a darme una paliza.

Me quedo estático, sonriendo, tal vez como un estúpido. En este punto de mi vida, mirando gente que no conozco como si se trataran de un milagro magnífico, prefiero sufrir las consecuencias de cualquier cosa que me permita interactuar con las gemelas; y eso incluye que me caigan a puñetazos.